

Imán

Fernando Torre, msp.

«Pídele [a Jesucristo] un amor poderoso, activo y tan *único*, que te atraiga hacia Él como el imán al acero, acrecentándose en cada comunión, en cada instante, consumiéndote en el martirio del amor»¹, le dice Conchita a su hija.

El imán: ¡qué sugerente símbolo para hablar del amor! El imán tiene la propiedad de atraer objetos de hierro, principalmente. El amor es una fuerza de atracción; el enamorado se experimenta como dentro del campo magnético de la persona amada.

Pidámosle a Jesucristo que nos dé «un amor poderoso, activo y tan *único*», para permanecer unidos a Dios. El Espíritu Santo, *el Amor*, es el imán que nos hace sentir cautivados por Dios y, viceversa, hace que Dios se sienta seducido por nosotros.

Teresa de María debe tener un amor a Jesucristo «que te atraiga hacia Él como el imán al acero²». Esa atracción es una gracia. Jesús dijo: «Nadie puede venir a mí si el Padre no lo atrae» (Jn 6,44). ¿Qué edad tenías cuando, por primera vez, te sentiste atraída/o por Dios?

Nuestro amor a Dios puede disminuir o incluso desaparecer. Por eso, Conchita le recomienda a su hija que acreciente a cada instante su amor. Lo que hace crecer el amor a Jesucristo es el contacto frecuente con él y, sobre todo, el recibirlo en la eucaristía.

Conchita habla también del «martirio del amor». ¿Martirio? Sí, pues anhelamos unirnos plenamente a Dios-Trinidad; pero, en esta vida, esa unión, aunque sea real y estrecha, siempre es parcial e intermitente, y esto nos hace sufrir. Además, todo encuentro con Dios, al tiempo que nos provoca gozo y paz, aviva nuestra sed de Dios, con lo cual aumenta nuestro sufrimiento.

Pero hay más: la persona que vive unida a Dios está como endiosada, imanada; por eso, sin pretenderlo y aun sin saberlo, tiene un magnetismo que atrae a otros *hacia Dios*.

¹ Carta escrita el 29 sep 1915, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 223; cf. 218.

² Habría sido mejor que Conchita hubiera dicho “hierro”; pero dejémosla con sus conocimientos de física.